

EN TORNO A “TEORÍA DE LA NIEBLA” DE ALICIA SALINAS, ALGUNAS REFLEXIONES E IDEAS SOBRE EL OFICIO POÉTICO

Por ALEJANDRO MENDEZ CASARIEGO

Reseñar un libro de poesía tiene ciertas ciertas complejidades que es interesante mencionar, aunque sea al pasar. Se trata, más que nada, de una lectura comprometida, deliberada, destinada a producir un resultado tal vez un poco más específico y pormenorizado que la lectura de los lectores posteriores. Pero no mucho más. A veces ese resultado tiene poco que ver con lo que el autor quiso transmitirnos en esos textos: se trata más bien de ciertas asociaciones que el reseñador hace, en tanto a lector, y de las cuales toma nota. La lectura crea en cada uno una constelación, una serie de referencias y significados propios, un mapa de ruta. Todos estos elementos son absolutamente subjetivos, individuales, personales. Tal vez alguna vez sepamos - o no - cuánto hay de revelación de algo que el poeta intentaba decirnos, cuánto de lo que el lector-reseñador creyó ver, o mejor dicho vio para sí y cuanto quiso, incluso, agregar. Yo diría que lo mejor es no preguntar. De todos modos, en cualquiera de los casos, este resultado es válido en la medida en que refleje una lectura minuciosa y atenta, abierta a todas las posibilidades. De esa lectura vamos a hablar brevemente.

El nombre de un poemario siempre muestra y a la vez oculta algo; en general, cuando hablamos de la niebla, suponemos un ocultamiento, un velo tendido ante nuestros ojos que nos impide ver con claridad. Estamos obligados a mirar a través de una sustancia que es vaporosa, que envuelve, que se interpone. La niebla crea apariencia, vela, y ese mismo velo obliga a desarrollar una conjetura sobre lo que el objeto encierra: a veces sólido y material, a veces idea, por lo tanto, intangible, a veces movimiento y suceso, a veces simplemente percepción. Porque la esencia, lo real, no siempre es lo que los contornos definidos y compactos muestran, lo específico y mensurable, lo

cotejable, comparable, lo articulable. A veces hay una gran distancia entre lo que vemos con la perspicacia del supuesto conocimiento, y lo que la pulsación profunda de lo observado realmente encierra.

¿No hay, acaso, en la mirada de la poesía un intento de ver, de conocer, de explorar, todo lo que la contaminación del ruido cotidiano, de las convenciones, del *deber ser* ha ocultado? ¿NO es la poesía, fundamentalmente, una mirada incisiva hacia lo que realmente es, lo que está detrás, lo que se esconde? ¿No requiere esa mirada un elemento que vele lo obvio, lo evidente, y exija al poeta (y por carácter transitivo al lector) recuperar lo que esa imagen velada nos está ofreciendo, desde un significado mucho más potente y profundo que lo que la mera apariencia muestra? Escribir poesía, consiste, tal vez, más que nada, en esforzar la vista. O tal vez exactamente en lo contrario – porque de esas contradicciones está hecho también este oficio-, relajar la mirada, como se hace con esas imágenes del ojo mágico, en que la figura escondida solo puede verse si uno se renuncia al esfuerzo por descubrirlo. Hay un magnífico libro de Eduardo Mileo, recientemente editado, que se llama “Extracción del agua de la niebla”: esto nos trae nuevamente a los nombres, y como en el caso de la “Teoría de la niebla” este nombre está diciendo mucho. Y lo que está diciendo tiene que ver con lo que aquí intentamos decir. Que es en esa tarea de extracción donde el poeta pone su oficio en práctica: hay una figura, un acontecer, un vislumbre detrás de la niebla que nos está pidiendo que le demos forma, que lo transcribamos a ese lenguaje personal, único, poético. La extracción del agua de esa niebla, apelando a esa subjetiva e intransferible forma de ver y de decir, es lo que hace la diferencia en general, y en particular en este libro de Alicia Salinas.

Estas alusiones a lo que la vista interpreta, a lo que la subjetividad extrae de lo que observa, aparece como una constante a lo largo del libro. Allí es donde el nombre del poemario perfila su sentido: en una poética, una versión de la poesía y sus formas de enmascarar, de eludir lo evidente, para que lo esencial quede a la vista. “Claro –dice – es la ventana de entonces/ la que refleja el tono del poema, /la lengua y una nube pasajera/ensombreciendo” y en otro “La tarea es buscar el tono de la voz que tuve, /no para decirla, más bien para evitarla.”

Allí se percibe una distancia muy marcada entre los textos de “Teoría de la niebla” y las tendencias a la poesía coloquial, o, para decirlo más gráficamente “inmediatista”. Y en varios de los pasajes del libro, Alicia lo manifiesta casi como en una profesión de fe. Es decir, a diferencia de ese estilo de crónica que hoy abunda, aquí la palabra poética está tensada, está exigida hasta sus extremos: hay un verdadero trabajo de elaboración, de expansión de los posibles sentidos, hay un cincel lírico muy fino, y un uso certero de la analogía simbólica. En poemas como “La casa de tela” y “Teoría de la gravedad” estos elementos son evidentes, y son los que le dan ese entramado original y sugestivo. Allí reside buena parte de su singular belleza.

No pretendo conocer las intenciones, la idea con que Alicia concibió este libro: diría que soy un lector que se siente involucrado, llevado por los caminos que el libro va trazando. Un lector que, en definitiva, ve cosas en ese camino. Tal vez algunas de estas cosas se parezcan a las que vio Alicia en su trayecto de escritura. Tal vez muchas no. El camino del lector nunca es el mismo que el del autor, pero tienen la posibilidad de encontrarse en muchos puntos de ese camino, reconocer algunas señales, descubrir algunas cosas. Tampoco soy un entusiasta de esos intentos por desentrañar lo que el o la poeta “quiso decir”; no creo que la poesía sea “interpretable”, una especie de acertijo del cual estamos obligados a sacar conclusiones que la definan, la clasifiquen y la pongan en evidencia. La ubico más bien en el plano de lo asimilable, de lo transferible a través de emociones, sensaciones y reflexiones. La entiendo como algo incorporable a la experiencia propia desde la voz del otro, como una radiación, un espectro que trabaja en nosotros de maneras impredecibles, por colisión, por amalgama, por osmosis. Apenas me arriesgo a deslizar una punta de lo que intuyo como escenario, como telón de fondo, en este recorrido a la poético, a la vez sereno e inquietante: una mujer en rebelión detrás de cada recoveco, contra el cepo de historia y de la palabra. Hasta aquí lo que siento que me es permitido decir sin malograr la experiencia de cada uno.

Imposible pasar por este libro sin que, de a uno o simultáneamente, estos procesos nos impacten. Imposible ser inmunes a lo que apunta en forma directa a nuestros flancos sensibles y reflexivos. La experiencia física e

intelectual de la poeta nos aproxima a través de un hilvanado a la vez delicado y preciso en el que lo cotidiano es simplemente lo que es, pero a la vez es eso más trascendente que la niebla vela, a descubrir que, en definitiva, lo trascendente es lo cotidiano, lo que nos pasa en la suma de los días, lo que nos marca, nos transforma, nos atraviesa en nuestra única experiencia comprobable: la vida. Allí, en esa aproximación al libro, estamos solos: ninguna reseña puede resolver ese proceso alquímico en que el poema revela solo lo que cada uno de nosotros es capaz de revelar.

Lo que no podemos hacer, más allá de no querer influenciar a los futuros lectores respecto a lo que se van a encontrar, es dejar pasar del depurado oficio, la singular belleza, el equilibrio y el filo con que este decir está elaborado. No creo exagerar al decir que creo que nos encontramos frente a un objeto de enorme valor poético, frente a una voz original, incontaminada, lujosa en el mejor de los sentidos.

El resto es la niebla. La niebla es materia exclusiva del autor, está hecha de un virtuoso articulado de palabras que no nos es dado, ni requerido, descifrar. Solo entregarse al viaje de su lectura y disfrutarlo.

